

Chapter Title: CRISIS DE IDENTIDAD EN EL JAPÓN DE POSGUERRA

Book Title: Abe Kobo y la narrativa japonesa de posguerra

Book Author(s): GUILLERMO QUARTUCCI

Published by: Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv233n8p.4>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Colegio de Mexico is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Abe Kobo y la narrativa japonesa de posguerra*

JSTOR

過

下

I. CRISIS DE IDENTIDAD EN EL JAPON DE POSGUERRA

Siempre ha preocupado a los estudiosos occidentales, sobre todo a partir de la Renovación Meiji, en 1868, tratar de definir el carácter nacional de los japoneses. Bien es cierto que dicha preocupación ha obedecido, en la mayoría de los casos, a intereses inmediatos de carácter político: Japón, en muy poco tiempo, logró pasar de una etapa de feudalismo centralizado, a ser la mayor potencia industrial asiática y, posteriormente, el mayor poder militar, rivalizando con los países más avanzados de Occidente. Había, pues, que conocer bien quiénes eran estos recién llegados que, en unas pocas décadas, alcanzaron un grado de desarrollo y modernización que a otros países les había tomado siglos.

La Segunda Guerra Mundial vino a agudizar esos interrogantes y, en vísperas de la derrota, una antropóloga norteamericana escribe un clásico del género, *El crisante-*

mo y la espada,¹ la más aguda investigación sobre el carácter nacional de los japoneses que se había realizado hasta entonces por un estudioso no japonés. El propósito era claro: la derrota inminente haría necesario un conocimiento a fondo del país, tendiente a facilitar los problemas que traería aparejada la ocupación.

El libro tuvo mucho éxito, dentro y fuera de Japón, y durante muchos años se le consideró como el más acabado en su tipo. Empero, si bien sus aseveraciones son, en general, acertadas tiene un defecto básico: haber manejado patrones culturales y psicológicos pertenecientes a una tradición aristocrática —la de los *samurai*— y medieval, que ya en las primeras décadas del siglo XX habían dejado de tener vigencia y que sólo el ultranacionalismo de 1930-45 vino a querer resucitar, con los resultados conocidos.

Los cambios que trajo consigo la derrota arrojaron al pueblo japonés a un ámbito desconocido hasta entonces: el de la “democracia” a la manera occidental, con su secuela de aciertos y errores, sobre todo tratándose de una experiencia casi de laboratorio, donde aciertos y errores se magnifican.

La imagen que de sí mismo tiene el hombre japonés se ve entonces sacudida por un huracán, tambalea, es arrancada del suelo conocido para ir a dar, finalmente, a una “tierra de nadie”. Los intelectuales empiezan a interrogarse a sí mismos: es el *boom* de la introspección nacional, *boom* que todavía no cesa. Por cierto, las sucesivas etapas del devenir político japonés, a partir de 1945, han puesto su sello característico a las diferentes interpretaciones. En principio, habrá que convenir que no es lo mismo sentirse japonés bajo un ejército extranje-

¹ Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1946, 324 pp.

ro de ocupación (1945-52), que independiente pero bajo la presión de un ex-enemigo que busca, con la complicidad de las fuerzas conservadoras internas, marcar un destino definitivo para el país en el concierto internacional (1952-60). Tampoco es lo mismo sentirse japonés a la luz de una prosperidad económica sin precedentes, basada en la explotación ilimitada de los recursos naturales de los países más pobres (1960-73), que bajo los efectos de una crisis petrolera que pone de manifiesto la irracionalidad de un sistema que, sin esos recursos, puede venirse abajo en un día, a la vez que muestra las limitadas perspectivas del futuro (1973 en adelante).

Semejantes cambios, lógicamente, han de repercutir en la imagen que los japoneses tienen de sí mismos. Los enfoques varían de acuerdo con las sucesivas etapas, por lo que son más o menos optimistas, más o menos escépticos, más o menos lúcidos.

En 1973, precisamente en vísperas de la crisis petrolera, la revista *Japan Interpreter* publica un artículo bastante extenso sobre el *boom* introspectivo (*nihonjin-ron*)² y como presentación del mismo el editor escribe que “inmediatamente después de la guerra casi todos los japoneses se vieron atrapados por una despiadada condena de sí mismos y de su pasado. Esto fue seguido, en los años 50, por una afirmación positiva de la tradición nacional, promovida por fuerzas antigubernamentales, y que comenzó con la oposición al Tratado de Paz de San Francisco. El nacionalismo económico de los 60 fue apoyado por la exitosa recuperación económica, que ayudó a la nación a recuperar la confianza en sí misma, mientras fomentaba la mentalidad de ‘gran potencia’ en los grupos líderes”.³

² Minami Hiroshi, “The Introspection Boom: Whither the National Character”, en *The Japan Interpreter*, Vol. VIII, No. 2, Spring 1973, p. 159 y ss.

³ Nota del Editor, “Why the Search for Identity”, en *The Japan Interpreter*, op. cit., p. 154 y ss.

Al editor le faltaba presenciar el período que siguió a la crisis petrolera de 1973, frente al cual seguramente habría escrito: “Después del optimismo ilimitado de los años 60, tras el golpe asestado a Japón por el *shock* del petróleo, y tomando en cuenta el rápido cambio del equilibrio político del área, la nación volvió a perder confianza en sí misma, entregándose a un resignado pesimismo en cuanto a su futuro”.

Veamos, en seguida, las principales características de cada uno de los períodos de la historia japonesa de posguerra. Y a continuación intentemos rescatar, un poco en contradicción con lo expuesto hasta ahora, algunos elementos permanentes, si es que existen, que echen luz sobre el tan controvertido tema del “carácter nacional de los japoneses”. Para ello nos basaremos, principalmente, en un libro escrito también por una mujer, y además antropóloga, pero esta vez japonesa, que con gran lucidez y claridad, desnuda aspectos básicos de la sociedad de su país.⁴

El Japón de posguerra

Todavía no hay acuerdo entre los especialistas en fijar una fecha para el término de la posguerra. ¿Acaba con el fin de la ocupación, con la ratificación del Tratado de Paz y Seguridad con los Estados Unidos o con el *shock* del petróleo? ¿O, por el contrario, *todavía* el Japón vive la posguerra, como afirma el crítico Etō Jun en uno de sus libros, escrito en 1974?⁵ Nosotros optaremos por

⁴ Nakane Chie, *La Société Japonaise*, París, Armand Colin, 1974, 196 pp.

⁵ Etō Jun, *A Nation Reborn. A Short History of Postwar Japan*, Tokyo, International Society for Educational Information, 1974, 73 pp.

esta última posición y tomaremos los hechos y fechas antes mencionados como el límite de los sucesivos períodos en que puede dividirse la posguerra japonesa, desde 1945 hasta nuestros días.

Los años de la ocupación (1945-52)

Uno de los principales conceptos con el que debieron enfrentarse las fuerzas norteamericanas de ocupación fue el de *kokutai*, a menudo traducido como “organismo nacional” o “carácter fundamental de la nación”. Desde los tiempos de la Renovación Meiji y, especialmente, durante los años del ultranacionalismo, *kokutai* llegó a convertirse en la ideología del estado japonés. En ese sentido, constituía un sistema de doctrinas, ritos y prácticas impuestos oficialmente, alrededor de la idea central de que el Tennō (emperador japonés) era, de una manera especial, divino (*akitsu kami*), el padre de la gran familia japonesa. Tomando algunos elementos del shintoísmo tradicional, *kokutai* se erigía en el culto de la moral nacional y el patriotismo, y como tal, sirvió durante mucho tiempo, para movilizar al pueblo, especialmente en los años de la guerra. En muchos aspectos constituía la base de la “identidad nacional”.⁶

⁶ William Woodward, *The Allied Occupation of Japan 1945-1952 and Japanese Religions*, La Haya, Leiden E. J. Brill, 1972. Véase: Cap. I: “The Occupation and the *kokutai* Cult”, pp. 7-13. El carácter nacional japonés, durante el largo período de la Guerra de los Quince Años, que la explosión nacionalista astutamente explotó y que estaba simbolizado por los *kamikaze* (lit. “viento divino”), o aviadores suicidas, era una curiosa mezcla de la vieja religión animista, tradición guerrera *samurai*, idealización de la pureza de la vida rural y culto a la figura del emperador, quien oficiaba de *shaman* en el ordenamiento de todos los actos de la vida cotidiana y en la sumisión casi mágica de los individuos a la ideología del estado.

La derrota vino a poner fin a este estado de cosas. Los años que van de 1945 a 1952 son de gran confusión para el pueblo japonés. El gran edificio ideológico se derrumba. Como hecho simbólico el Tennō se define a sí mismo como "humano", en la famosa declaración del 10. de enero de 1946: "Los lazos entre nosotros y nuestro pueblo se han basado siempre en la confianza mutua y el afecto. No dependen de meras leyendas y mitos. No se predicán sobre la falsa concepción de que el Tennō es divino y de que el pueblo japonés es superior a otras razas, y está destinado a gobernar el mundo".⁷

En lo inmediato, contra el concepto de *kokutai*, las fuerzas de ocupación imponen una constitución de carácter "democrático", que muy poco tiene que ver con la tradición nacional.

En medio de "ruinas y mercado negro", expresión con la que por entonces se definía la situación del país, el pueblo japonés ve desvanecerse su identidad. Los más optimistas son los partidos de izquierda (socialistas y comunistas), proscritos desde los comienzos de los años 30. Pero poco a poco van perdiendo ese optimismo, frente a la ola represiva llevada a cabo, esta vez, por las fuerzas de ocupación. Además, una serie de problemas internos y la falta de una organización adecuada hacen que, poco a poco, vaya disminuyendo el prestigio ganado por estos partidos en los primeros años de la posguerra. El terreno vuelve a ser propicio para el afianzamiento de las fuerzas conservadoras.⁸

⁷ Citado por Joseph Spae en *Shinto Man*, Tokyo, Oriens Institute for Religious Research, 1972, p. 24.

⁸ Esta "vuelta hacia atrás" (*reverse course*) de las fuerzas de ocupación, que de la democracia ideal de los primeros tiempos pasan a la represión de las ideas "peligrosas" para el régimen, se explica dentro del contexto de la "guerra fría" y del conflicto de Corea. Relacionado con este punto véase: *Postwar Japan, 1945*

Los intelectuales progresistas, que habían saludado con esperanzas el advenimiento de una nueva era, sufren también las variaciones de la política y, pasada la euforia del primer momento, frente al cariz adverso que van tomando los acontecimientos, comienzan a manifestarse como claros opositores al régimen. Esta oposición se radicalizará en el período siguiente.

Desde el fin de la ocupación hasta Ampo (1952-60)

Este es uno de los momentos más interesantes del Japón de posguerra, no sólo porque es entonces cuando se consolida el actual sistema político, sino también por las intensas movilizaciones sociales, las últimas en su género, realizadas para impedir la ratificación del Tratado de Paz y Seguridad con los Estados Unidos. Es también, a partir de 1955, cuando comienza el sostenido crecimiento económico que habrá de asombrar al mundo en la década siguiente.

En el momento de restituirle su soberanía, los Estados Unidos firman con Japón el Tratado de Paz de San Francisco y el Tratado de Seguridad, que permite la instalación de bases norteamericanas en territorio japonés. Esta medida, que ligará hasta hoy la política de Japón a la de Estados Unidos, va acompañada de la consolidación de las fuerzas conservadoras, que intentan abolir el artículo 9 de la constitución de 1946 y rearmar al país, es decir, volver al *status* de preguerra. Ante esta situación el socialismo, dividido desde tiempo atrás, se reunifica: los obreros, amas de casa y estudiantes salen a la calle a protestar por lo que consideran una amenaza a las mejoras logradas después de la guerra. Es el momento de la gran alianza

to *Present, The Japan Reader*, New York, 1973. Capítulo: "The Reverse Course, 1947-1952", p. 106 y ss.

kakushin,⁹ término que significa “progresista” y que los periodistas transforman en símbolo.

Irónicamente, lo que se trata de defender es una constitución que, con el tiempo, ha llegado a ser un estorbo para los mismos que la impusieron y una garantía de paz para aquéllos a quienes les fue impuesta. Bajo ella, el pueblo japonés descubre, por primera vez, que la búsqueda del bienestar personal y la felicidad no está reñida con el patriotismo.

La gran alianza *kakushin* y la reunificación de los socialistas precipitan la unión de los dos grandes partidos conservadores existentes, dando origen al Partido Liberal-Demócrata. Nace así el “sistema político de 1955”, todavía vigente, con el Partido Liberal-Demócrata al frente del gobierno y el Partido Socialista en la oposición.

En 1960, el primer ministro japonés Kishi quiere ofrecer como regalo al presidente Eisenhower, quien visitará Japón en junio de ese año, la ratificación, aprobada en la Dieta (parlamento japonés), del Tratado de Seguridad. Se producen manifestaciones callejeras en todo el país, especialmente en la capital, para protestar por lo que se considera un atentado contra la paz, tan duramente alcanzada. Surge el *Ampo*,¹⁰ una amplia coalición de fuerzas progresistas.

Aun en contra de los clamores populares y sin que la Dieta llegue a votar a favor, el Tratado es ratificado. Súbitamente todo se apacigua y es que, a partir de 1960, se inicia el período del prodigioso crecimiento económico de la “Japan, Incorporated”. Las movilizaciones popula-

⁹ Para la discusión de este término, véase: el artículo del Prof. Takabatake Michitoshi, *Party Politics in Contemporary Japan*, Tokyo, Boletín de la Japan Foundation, julio de 1978.

¹⁰ Abreviatura de *Ampo jōyaku soshi kokumin kaigi* (Concejo popular para impedir la ratificación del Tratado de Seguridad) y nombre de un prestigioso periódico de oposición.

res quedarán en el recuerdo como las últimas que se produjeran en el país.

Los años de la prosperidad económica (1960-73)

El comienzo de la década trae consigo situaciones totalmente nuevas para el Japón. Los conservadores en el gobierno cambian bruscamente de orientación y con el lema “paz y democracia” —que había sido la bandera de las fuerzas progresistas— inician el camino de la industrialización a gran escala. La nueva era de bonanza debilita la prédica de los partidos *kakushin*, los que, sin un objetivo claro de lucha, comienzan a dividirse. La industrialización atrae a millones de gentes a las ciudades. Nuevos partidos, como el *Komeitō*, nacido de una secta budista, hacen su entrada en la arena, captándose la simpatía de esos millones de seres.¹¹ Los medios masivos de comunicación se desarrollan vertiginosamente y constituyen uno de los pilares de la homogeneización de la sociedad. El sistema de empleo de por vida, sueldo y ascenso de acuerdo a la edad, y rígida jerarquización, si bien ya conocido desde tiempo atrás en Japón, cristaliza en esos años. La universidad se convierte en el principal factor de promoción social: graduarse en las universidades de mayor prestigio significará el éxito seguro. Una nueva palabra define el nuevo orden de cosas: *shusse*, éxito en la vida. Otra vuelta de tuerca viene a ejercerse sobre la ya un tanto confundida imagen que los japoneses tienen de sí mismos.

Los intelectuales progresistas se han quedado sin líderes políticos. El partido comunista, que había tenido su momento de esplendor inmediatamente después de la

¹¹ El otro partido es el *Nuevo Club Liberal*, que se escindió del Partido Liberal-Demócrata y, como es de suponer, también es conservador.

guerra, y los socialistas, en los años 50, ya no los atraen. La guerra de Vietnam es como el catalizador de sus inquietudes. Nace el *Beheiren*,¹² de vida fulgurante y efímera. Otras voces de oposición son los movimientos de ciudadanos, organizaciones espontáneas de individuos que comienzan a sufrir los problemas de la sociedad industrial (contaminación, derechos civiles avasallados, etc.).

La crisis de Medio Oriente viene a poner fin al optimismo casi generalizado de más de una década.

El shock del petróleo (1973-. . .)

Un día de noviembre de 1973 los japoneses comprenden de golpe que el sueño del alto crecimiento permanente ya no es realizable. Si bien al pánico del primer momento siguió una paulatina recuperación de la confianza en las fuerzas de la nación para salir adelante, las heridas recibidas no volverán a cerrarse totalmente.

En el campo de la política interna la fragmentación de los partidos *kakushin*, que había comenzado en la década anterior, se acentúa por no saber éstos (o no poder) adaptarse a las demandas de la hora ni captar las simpatías de los cada vez más numerosos movimientos de ciudadanos. Como hecho muy significativo las fuerzas *kakushin* van perdiendo paulatinamente el gobierno de la mayoría de las ciudades del Japón, proceso que culmina en marzo de 1979 con el triunfo de los conservadores en las elecciones para gobernador de Tokio, que hasta entonces había permanecido como baluarte simbólico del pasado esplendor de los progresistas.

¹² *Beheiren*, Comité por la paz en Vietnam. Sobre este interesante movimiento véase: el artículo del Prof. Takabatake Michitoshi, *Political Consciousness and Citizens Movements from de 1960's on*, Unesco, 1979.

El Partido Liberal-Demócrata,¹³ a pesar de que también pierde parte del electorado, se mantiene cómodamente en el gobierno y todo parece indicar que por muy largo tiempo.¹⁴

El lema “paz y democracia”, que alguna vez significó “modernización y prosperidad”, ha dejado de ser atractivo para las masas, que están más preocupadas por el problema de la vivienda y la seguridad social, el control de la contaminación ambiental, la cuestión del rearme y el futuro de un país que importa más de la mitad de sus alimentos, la totalidad del acero y el petróleo, en el marco de un mundo cada vez más complicado. A esto se suma el vertiginoso acceso a un nuevo orden en el Sudeste asiático, el problema de la seguridad nacional y el imprevisible impacto de las recién inauguradas relaciones con China.

En este último aspecto quizá Japón deba plantearse, una vez más, la cuestión de su identidad. No siendo ni completamente occidental, ni completamente asiático, ha aspirado, sin embargo, a participar en ambas esferas. “Aquí radica una de las más importantes fuentes de nuestra crisis de identidad”.¹⁵

Hasta aquí las contingencias históricas que han modelado, de manera concreta, el carácter nacional del Japón de posguerra. Como conclusión no es exagerado afirmar que, más allá del éxito económico, el país ha comenzado a comprender, a su manera, el sentido de la palabra democracia.

¹³ *Jimintō*, de tendencia conservadora.

¹⁴ Sobre éste y otros temas tratados a lo largo del capítulo véase: Takabatake Michitoshi et al., *Japón después del milagro*, El Colegio de México, 1981.

¹⁵ Nota del Editor, “Why the Search for Identity?”, en *The Japan Interpreter*, op. cit., p. 158.

Veamos ahora algunas características menos cambiantes, más estables, de la modalidad social japonesa, que puedan clarificar la expresión “sociedad vertical” con que algunos la definen.

La sociedad vertical y el individuo

Según la antropóloga Nakane Chie hay dos elementos fundamentales que, tradicionalmente, caracterizan al pueblo japonés: su profundo sentimiento de pertenecer al grupo y el respeto por las jerarquías. Por grupo entiende, antes que el grupo familiar, considerado como el vínculo humano por excelencia, “el grupo profesional, en el cual están implicados los principales aspectos de la vida económica y social”¹⁶ de la comunidad. Pero ¿cómo hacer para que un grupo, donde no existen lazos de parentesco, mantenga su cohesión? Hay dos formas: “La primera solución consiste en someter a los miembros a una influencia tal que se sientan ‘unidos’; la segunda apunta a establecer una organización interna que ligue a los miembros del grupo entre sí y de este modo refuerce la organización”.¹⁷

Con relación a la primera solución, es necesario un factor afectivo e ideológico que supere la disparidad de papeles que se juegan dentro del grupo. Este factor afectivo e ideológico “se encuentra reforzado por contactos interhumanos permanentes, contactos humanos que pueden, incluso, extenderse a las relaciones íntimas. Como consecuencia, el poder del grupo no influye solamente sobre los actos de los individuos sino también sobre sus ideas, sobre su universo mental. La autonomía

¹⁶ Nakane Chie, *op. cit.*, p. 17.

¹⁷ Nakane Chie, *op. cit.*, p. 20.

del individuo se encuentra reducida y es muy difícil separar la vida pública de la privada.”¹⁸ “Algunos consideran tal situación como un peligro para su dignidad individual; otros, por el contrario, se encuentran seguros sólo en la vida comunitaria y ese es, sin duda alguna, el caso de una gran mayoría de los japoneses”.¹⁹

En cuanto a la segunda solución, la de la organización interna del grupo, la fórmula japonesa ha demostrado una eficacia fuera de lo común y es la que explica, en gran medida, el éxito alcanzado por la economía en los años 60 y, posteriormente, la superación de las dificultades en que sumió al país el *shock* del petróleo. Nos referimos a la organización vertical del grupo. “Para el japonés, la escala jerárquica oficial (basada en los años de servicio en una misma compañía y en la edad, más que en la capacidad personal) es la guía más segura para situar el valor de un individuo en la escala social”.²⁰ “Cualesquiera sean las variaciones individuales, el sentido de la jerarquía está profundamente adentrado en la mentalidad japonesa”.²¹

18 Hay dos términos, muy populares en Japón, que definen esta situación: *tatema* y *honne*. *Tatema* está relacionado con el “yo” social y la moral pública. *Honne* es el “yo” particular, la moral privada. Ambos forman parte del individuo y están interrelacionados de manera dinámica. No olvidar que la palabra “hombre”, *ningen*, se escribe en japonés con los caracteres de “hombre” y “lugar, espacio o intervalo de tiempo”, es decir, se es “hombre” *entre* los hombres, en la práctica social. El hombre es un ente concreto que no deja mucho margen para las especulaciones metafísicas.

19 Nakane Chie, *op. cit.*, p. 21. Dicho sea de paso, también entre los intelectuales y artistas se observa esta actitud de condena (caso Abe Kōbō) o defensa de esta forma de ser tan característica del pueblo japonés.

20 Nakane Chie, *op. cit.*, p. 41.

21 Nakane Chie, *op. cit.*, p. 48.

Pero lo notable de esta concepción es que no deja margen para las decisiones arbitrarias por parte de los que están más alto en la escala jerárquica: un sutil y complejo intercambio entre todos los miembros del grupo puede llegar a nivelar cualquier exceso; en ese sentido es válido hablar de consenso.

Tal actitud ideológica viene, por lo tanto, a reforzar la institución. La dimensión institucional (la escuela o la empresa) es el eje de la organización social japonesa.²²

A su vez, esta rígida organización vertical hace del grupo una unidad cerrada en sí misma, que tiene escasas o nulas relaciones con otros grupos. Así, el vínculo horizontal entre personas de la misma jerarquía o clase está prácticamente cortado lo que explica la inexistencia, a nivel nacional, de una asociación única de trabajadores. Más bien existe la tendencia a formar sindicatos dentro de una misma empresa, los que muchas veces compiten entre sí y dificultan la tarea de las organizaciones clasistas. En este sentido, las posibilidades de un cambio en el futuro son muy limitadas.

²² A este concepto de "sociedad vertical" (*tate shakai*) de Nakane habría que agregar, además del ya clásico "cultura de la vergüenza" (*haji no bunka*) de Benedict, otros conceptos más recientes: a) "Sociedad del diploma" (*gakureki shakai*), que hace referencia a la importancia concedida en el Japón actual al diploma y a la universidad de la que se egresa para tener acceso a la "sociedad real" (*jishshakai*), o sea, la empresa en la que se trabajará para toda la vida. A mejor universidad mejor oportunidad en las mejores empresas; b) "sociedad administrativa" (*kanri shakai*), noción de la "nueva izquierda" que se refiere al aspecto burocrático y altamente centralizado de la organización japonesa; c) "estructura del *amae*" (*amae no kōzō*), concepto psicológico que puede definirse como "depender y a la vez preciarse de la benevolencia de los demás". Véase: Doi Takeo, *The Anatomy of Dependence*, Tokyo, Kodansha International Ltd., 2a. Ed., 1978, 170 pp.

En síntesis, podría decirse que la identidad nacional del Japón de posguerra estaría constituida por una curva trazada a partir de dos variables: una variable histórica, dinámica, con los principales acontecimientos político-sociales de posguerra y que, con dificultades, apunta hacia la democratización real del país; y una variable más estática, que abarcaría los aspectos tradicionales de la sociedad japonesa antes señalados y que tiende a la organización grupal y jerarquizada, antes que al individualismo o a la organización clasista. La figura resultante sería de una complejidad tal que se haría muy difícil su interpretación.

Es esa misma complejidad la que confunde a los propios intelectuales japoneses y la que los lleva a interrogarse constantemente acerca de su identidad. De acuerdo a su proximidad a una de las dos variables será la respuesta.

